



**Sociológica**, año 14, número 39,  
Reforma institucional  
y gobiernos locales  
Enero-abril de 1999

## ***La educación primaria en tiempos de austeridad*** **por Christopher James Martin\***

*José Hernández Prado\*\**

**A**gradezco al doctor Christopher Martin la invitación para comentar su libro *La educación primaria en tiempos de austeridad*, intitulado en inglés *Schooling in Mexico*,\*\*\* en esta agradable ocasión organizada por el Consejo Británico —una de las instituciones coeditoras de la versión castellana del libro— y la Secretaría de Educación Pública. No somos especialistas en el tema de la educación básica de nuestro país, sino simples interesados en el desenvolvimiento de la cultura mexicana, a la cual hemos procurado investigar en algunos de sus autores y momentos, desde una

perspectiva tanto filosófica, como sociológica e histórica. Esta perspectiva, sin embargo, pudiera ofrecernos puntos de vista interesantes desde los cuales valorar el relevante trabajo del doctor Martin e invitar a su lectura y estudio.

Quisiéramos comenzar este breve y cauteloso comentario de *La educación primaria en tiempos de austeridad* evocando algunas palabras de José María Luis Mora (1794-1850), el distinguido pensador y político liberal mexicano de la primera mitad del siglo XIX, al respecto de la educación pública en nuestro país. Escribió el justamente admirado, pero poco com-

---

\* Martin, Christopher James (1998), *La educación primaria en tiempos de austeridad*. Traducción de Marco Antonio Silva. Universidad de Guadalajara-The British Council, México. 248 pp.

\*\* Profesor investigador del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

\*\*\* Palabras pronunciadas en la presentación del libro el 7 de diciembre de 1998, en el Consejo Británico de la ciudad de México.

prendido y reivindicado doctor Mora (1964: 79 a 85), hacia los años veinte y treinta del siglo pasado:

Los ilustres diputados que la opinión pública sentó en el congreso que era un foco de civilización [se refería Mora a los legisladores que redactaron la Constitución política mexicana de 1824], se hallaron en posición muy crítica para dar el impulso que merecía la educación pública. Apenas tuvieron tiempo para salvar a la patria de la ruina en que se intentaba sepultarla; de aquella augusta reunión quedaron leyes que harán honor eterno a sus autores, y la posteridad sabrá colocarlos con justicia en la memoria de las generaciones futuras; sensible nos es que no hubieran tenido tiempo para dictar las que imperiosamente reclama una nueva república para el arreglo de la instrucción pública. De ahí que como antes de la Independencia no la había cual debía ser, ni después de proclamada ésta [la Independencia] se ha dado un paso adelante en la materia, y sí muchos retrógrados en nuestro concepto (...) En el día podemos decir que la educación está reducida a cero...

Los sujetos que reúnen la opinión de los hombres de bien, los sujetos que por su literatura y virtudes debían ser la columna de la república, se han retirado de los negocios públicos, cansados de sufrir groseras injusticias y desmerecidos insultos. No es cosa difícil extraviar a un pueblo que en lo general carece de ilustración y de experiencia...

Para sacudir un yugo no se requiere más que sentir; una carga pesada agobia; pero para establecer el sistema que reemplace al duro despotismo, es indispensable tener conocimiento de la ciencia social; para llevar a cabo la obra de la regeneración es preciso formar un espíritu público, es preciso grabar en el corazón de cada individuo que sus leyes deben respetarse como dogmas, en una palabra, es preciso que las luces se difundan al *maximum* posible. ¿No debía, pues, llamar muy particularmente la atención de los legisladores la enseñanza pública? ¿No será más duradero el edificio social, sentado sobre buenos cimientos?...

La cultura del espíritu suaviza el carácter, reforma las costumbres. La razón ilustrada es la que sirve de freno a las pasiones, y hace amar la virtud. ¿Y no es el sistema que nos rige [el republicano, quería decir Mora] donde se requiere más moralidad, más desprendimiento del propio interés?...

Estas cortas reflexiones nos parecen suficientes para convencer [de] la necesidad que tenemos de educación pública. Legisladores: a vosotros toca dictar las leyes que la conveniencia nacional exige a fin de proteger la enseñanza. En vuestras manos está remover los obstáculos que contienen en su marcha los adelantos del entendimiento. Nada haréis si vuestro edificio queda sentado sobre cimientos movedizos; vuestra obra caerá por sí sola, y todos seremos sepultados bajo sus ruinas...

Hasta aquí las palabras de don José María Luis Mora, escritas hace



más de 160 años, y que deberían sonarnos a todos los aquí presentes deliciosamente extrañas; saludablemente distantes. Sin embargo, sabemos que, por desgracia, ello no es así. Ciertamente que la educación pública en México no guarda ahora la desastrosa situación, la “reducción a cero” mencionada por el doctor Mora en las primeras décadas de existencia de nuestra República independiente, pero a lo sumo hemos mejorado, hemos concretado algún número de pasos importantes, sin superar todavía ciertas deficiencias fundamentales, especialmente en lo que se refiere a la extensión y la calidad de la educación básica necesaria para un solvente desempeño de nuestra tardía, aunque en extremo valiosa, vida democrática.

Lo que todos conocemos con un menor o mayor grado de precisión, es decir, los grandes problemas que enfrenta en estos años finales del siglo xx la educación pública básica de nuestro país, es ampliamente documentado y estudiado en el libro de Christopher James Martin. Se trata de un estudio notable no únicamente por el completo panorama que presenta al respecto de aquellos grandes problemas, sino sobre todo, por la manera en que fue realizado —en otras palabras, por los enfoques y procedimientos adoptados para efectuar su investigación— y por las alternativas de acción futura que delinea este estudio con el fin de remontar progresiva, pero definitivamente ese universo que,

según hemos constatado, nos envuelve a los mexicanos desde los tiempos del esforzado José María Luis Mora.

Quisiéramos destacar, en particular, el enfoque que creemos central en *La educación primaria en tiempos de austeridad*. No es un enfoque típico de especialista o de estudioso rigurosamente disciplinario, que persigue abordar frías realidades sobre las que resulta imposible actuar eficientemente, como no sea mediante impersonales e intersubjetivas tendencias socio-histórico-políticas. Por el contrario, Christopher Martin adopta un enfoque lleno de sentido común, de buen sentido, de *good sense* diría él, conforme al cual se trata, ante todo, de dar cuenta de —y de resolver en el futuro más cercano posible— cierto *fracaso escolar*; concretamente, un *fracaso en la provisión educativa*. Y es que no únicamente los mexicanos, sino muchas naciones sobre la tierra, hemos fallado en proveer de una buena educación elemental a grandes sectores de la población, cosa que más que ser o además de ser un asunto de recursos económicos bien utilizados, es principalmente cuestión de profesionalismo y de confluencia de labores formativas personales e institucionales, que atañen tanto a la escuela como a las llamadas estructuras familiares. En los países del mundo donde la provisión educativa ha sido satisfactoria, debido a que tanto maestros como padres y tutores han podido perso-

nificar modos eficaces de confluir en la formación de futuros ciudadanos, las cifras escolares son, en general, igualmente satisfactorias, y ello con relativa independencia de factores económicos, políticos o inclusive pedagógicos.

El enfoque del fracaso educacional conduce a Martín a romper con algunos esquemas teóricos que han tenido una enorme influencia en los estudios sociológicos y antropológico-sociales sobre la educación, y adicionalmente en las concepciones y políticas educativas mismas. Aquí vale la pena destacar, sobre todo, la crítica no tan velada de nuestro estimado investigador social inglés a la escuela como “aparato ideológico de Estado”, encargado de inculcar cierto “currículum oculto” en los educandos para reproducir formas sociales de explotación y de opresión. Según su investigación, ni esto ni su contrario son ciertos. Los maestros de la primaria pública mexicana no son ni agentes de la reproducción de una injusta formación social integral, ni agentes de un utópico cambio estructural emancipador. Sencillamente son profesionales de la educación presionados tanto por estructuras educativas gubernamentales y sindicales mal reguladas y numerosas veces autoritarias, como por padres de familia y tutores que esperan de un modo iluso que la escuela contrarreste una deficiente socialización infantil, que perjudica la formación de ciudadanos útiles y contribuyentes

al bienestar y la prosperidad de nuestro país. El problema no es, pues, una escuela que adoctrine siempre en tal o en cual sentido, sino una que funciona en la actualidad con muy serias dificultades y deficiencias, a pesar de que se apoya en valores educativos y humanos aceptados conjuntamente por padres de familia, profesores, autoridades oficiales, partidos y grupos políticos y hasta por los niños y las niñas que reciben los beneficios de la educación primaria.

El libro escrito por el doctor Christopher Martín es también un estupendo ejemplo de investigación cosmopolita, realizada desde puntos de vista que superan toda estrechez local y localista, y es además uno de aquellos estudios que combinan con éxito la investigación de campo efectuada en contextos específicos —en este caso, las dos escuelas primarias de la zona de Guadalajara, Jalisco— y la proposición de hipótesis y generalizaciones con validez global, es decir, nacional y mundial. El microcosmos descrito y analizado por Martín dice mucho al respecto de la situación general de la educación primaria del país, y sugiere con claridad y pertinencia las alternativas que se le presentan a esta educación para poder superar el difícilmente discutible fracaso en la provisión educativa. Aquí pondera el autor que no deben esperarse maravillas de una casi imposible inyección de cuantiosos recursos económicos o, inclusive, de una nueva reformulación de los



sobreponderados planes y programas de estudio —que recuerda a la paradójica “nueva refutación del tiempo” de la que hablaba el escritor argentino Jorge Luis Borges—. El cambio requerido es, ante todo, de carácter cultural. La democratización; la sana y completa reglamentación y la institucionalización bien entendida del ámbito profesoral mexicano, junto con una comunicación y vinculación permanentes y comprensivas entre los maestros y los jefes de las familias de donde proceden los pequeños educandos, pudieran lograr mucho en el corto y el mediano plazo para menoscabar ese fracaso escolar que ya adivinaban en los primeros tiempos de nuestra nación personajes como el evocado Jose María Luis Mora, y que se nos hace tremendamente patente en la actualidad gracias a estudios como el de Christopher James Martin.

Celebremos el día de hoy la aparición en el medio editorial

mexicano de *La educación primaria en tiempos de austeridad*; celebremos que esta nueva referencia bibliográfica podrá nutrir futuras investigaciones sobre el no tan conocido y mucho menos bien comprendido medio educativo nacional, pero sobre todo celebremos la posibilidad de considerar los aportes de este valioso texto, que contribuye a que tomemos conciencia de los retos que se nos presentan a los mexicanos de finales del siglo y del milenio, y que tan juiciosa y amablemente propone medios convincentes para la superación de tales retos.

### **Bibliografía**

Mora, José María Luis (1964), *Ensayos, ideas y retratos*, Universidad Nacional Autónoma de México (Biblioteca del Estudiante Universitario núm. 25), México.